

# Reseñas

## Vicisitudes del cuerpo

Manuel GUTIÉRREZ ESTÉVEZ, Juan Antonio FLORES MARTOS, María GARCÍA ALONSO, Julián LÓPEZ GARCÍA, Pedro PITARCH. *Según Cuerpos: Ensayo de diccionario de uso etnográfico*, 2002 Cáceres, Cicon Ediciones y Fundación Xavier de Salas.

Escrito por miembros del Grupo de Investigación de Etnografía Amerindia, *Según Cuerpos* nos propone un original e intrincado recorrido por los formatos y texturas de la escritura etnográfica y, simultáneamente, por los pliegues, órganos, fluidos y cavidades del cuerpo humano.

El proyecto de este libro brota de la inquietud de sus autores por la desestabilización que el trabajo de campo y el encuentro con el otro producen en el antropólogo. Un problema fundamental que se deriva del encuentro está relacionado con los registros lingüísticos con los que habitualmente expresamos una experiencia «ajena a nuestra lengua nativa» (p. 9). En muchas ocasiones, «el etnógrafo pretende estirar su lengua para que dentro de ella quepa el mundo construido por una lengua diferente», lo que supone un procedimiento contrario al de la poesía, donde se impulsa y experimenta desde dentro (p. 9). Pero la dimensión de los «trastornos lingüísticos» que se derivan de la exposición al otro —y que la jerga académica contribuye a minimizar y esconder— exige en el etnógrafo un proceso de reconciliación con el lenguaje propio, que ha quedado necesariamente desnaturalizado, una vez desbordado el automatismo de «sus reglas de uso» (p.10).

Para enfrentar esta preocupación común, los autores constituyeron un Seminario de Escritura Etnográfica, con sede en la Fundación Xavier de Salas en Trujillo (Cáceres). Este seminario se plantea como un espacio de reflexión sobre las estrategias de representación que caracterizan a la disciplina antropológica. Para ensayar nuevas formas de escribir etnografía es imprescindible impulsar un proceso de «reaprendizaje» del lenguaje. Reaprender implica necesariamente «pensar con la totalidad de la cabeza» (p. 13), y no sólo con los espacios colonizados por el entendimiento disciplinario. Estilísticamente, la presentación de los borradores sucesivos del texto en el seminario pretendía una «convergencia por contraste» entre las formas de escribir de los diferentes autores (p. 13), apartada tanto de los registros académicos como de los literarios. Respecto al formato, los autores conciben el libro como un «antidiccionario» (p. 11), es decir, un diccionario de pocas voces que prioriza la descripción densa («espesura de sentidos», p. 12) sobre las definiciones y carece de pretensiones enciclopédicas.

Un segundo momento clave en el proceso de elaboración de este libro es la selección del tema. Planteado el problema de los límites del lenguaje tras la experiencia de campo, falta definir la orientación del discurso. A los integrantes del seminario, el «cuerpo» les pareció un

tema «clásico» de la disciplina, en principio sin mayores complicaciones conceptuales. En sus propias palabras, era «un buen pretexto para ensayar otra manera de escribir» (p. 11). Pero a medida que avanza la lectura —e imagino que el proceso de escritura—, este «pretexto» inicial se engrana de forma tan tenaz con los discursos que pretendían sobrevolarlo que, finalmente, ambos resultan indisolubles. Al elegir la corporalidad como espacio de arranque de este cuestionamiento creativo de los límites del lenguaje del etnógrafo y la etnografía, los autores se enfrentan a un ámbito de reflexión donde se conjugan las mayores identidades —como nos recuerdan últimamente los especialistas en el genoma humano— y las diferencias más insalvables de nuestra especie —por ejemplo, en el despliegue histórico del cuerpo como escenario selectivo de la crueldad humana. El cuerpo resulta ser un espacio tan desestabilizador para la comprensión y la traducción como lo puedan ser el encuentro con el otro o la propia escritura etnográfica. A pesar de que la combinación de ambos aspectos —reaprender a escribir; cuerpo— fue originalmente «accidental», la homología y entrelazamiento, el contagio mutuo entre las tramas del cuerpo y del lenguaje acaban por convertirse, desde mi punto de vista, en la aportación central del libro.

Los autores eligieron cinco conceptos relacionados con lo corpóreo: «aberturas», «deformidades», «interioridades», «sustancias» y «tránsitos» —seleccionados por su ambigüedad y colocados enciclopédicamente por orden alfabético en el índice—, que se repartieron aleatoriamente para su desarrollo. Cada autor escribe su propia sección en una secuencia de párrafos que, en la mayor parte de los casos, suponen un nuevo arranque del texto. Aquí, como en «según cuerpos», el plural es un elemento esencial. Los cuerpos, cualidades y funciones corpóreas que habitan el texto son tan diversos, incompletos y carentes de límites como las voces que los describen —incluyendo por supuesto la de los propios autores—. El sentido de extrañeza con la significación ajena que los autores colocan como eje esencial de este experimento etnográfico se expresa, más allá del lenguaje, en estos puntos estratégicos —«nudos»— de la enorme gama orgánica y sensorial de lo corpóreo.

Con estas premisas *Según cuerpos* se despliega en un recorrido de gran sutileza y riqueza expositiva —desestructurado, como el resto del libro— a través de textos, discursos expertos, mitos y otras prácticas culturales misceláneas relacionadas con el cuerpo, que provienen, sin jerarquía alguna, tanto de la propia experiencia etnográfica de los autores como de las fuentes más diversas, desde la antropología a la literatura clásica y contemporánea. Artaud, Plinio, García Márquez, Montaigne, Cortázar, Verne, Kavafis, Galdós, los hermanos Grimm o Teresa de Jesús, entre otros muchos, muestran sus «cuerpos» literarios o místicos junto a los cuerpos que pueblan las visiones del mundo de los mayas, dogón, guayaquí, tarahumaras o boro-ro, entre otros tantos —en gran parte conocidas a través de las traducciones que de ellas hacen etnógrafos y viajeros—.

La acumulación de ejemplos sin cierre y los saltos continuos entre ámbitos geográficos, momentos históricos, tradiciones culturales y formas de conocimiento generan una sensación permanente de contraste. Y, al tiempo, asientan el «cuerpo» como espacio privilegiado de la

alteridad, en sus diferentes expresiones. Un ejemplo reflexivo. Lo que un occidental oye, o cómo percibe que oye, con un imperfecto conocimiento anatómico, no puede traducirse sin estridencias a otro lenguaje cultural que puebla el ámbito auditivo de sexualidad y palabras fecundantes y lo conecta con un complejo sistema reproductivo, como ocurre entre los dogón (p. 17-24). Otro ejemplo, esta vez relacionado con la distribución de patologías y la conquista. Un médico latinoamericano sostiene que el uso del castellano ha producido en los pueblos indígenas toda una serie de patologías en la boca, lengua y garganta, localizando un fragmento del trauma colonial en las amígdalas y adenoides de los mexicanos (p. 182-183).

Esta misma retórica del contraste opera también en los tamaños, texturas y escenarios de lo corpóreo. Así, podríamos decir que la estrategia discursiva fragmentaria del libro actúa sobre los «cuerpos» como un instrumento óptico con lentes múltiples que cambia de escala, enfoca y desenfoca, encuadra y desencuadra, acelera y ralentiza. Tan pronto nos encontramos con un ser monstruoso que habita el corazón de la montaña, como rozamos una piel pintada, o descendemos inquisitivos al ámbito microcelular. Tan pronto aparece ante nosotros un mineral humano, como visitamos la cavidad donde brota el maullido, o tropezamos con una reliquia. Tan pronto inspeccionamos el infierno, como recorremos un paisaje epidémico, o disfrutamos de un carnaval. La combinación de estos contrastes evoca fertilizaciones inesperadas entre las formas y contenidos de los cuerpos, y relaciones insospechadas entre cuerpos y formas de corporalidad y ambientes físicos, sociales y políticos.

El resultado de todo esto es un libro abierto de consulta múltiple y heterogénea. Una enciclopedia —«parcial» y «ficticia»— armada para el disfrute de la prosa, de la etnografía y de la significación. Un texto que provoca una experiencia diferente en cada lector, incluso en cada lectura. Sin principio ni fin, *Según cuerpos* fomenta el zigzag, el arranque y marcha atrás, la lectura invertida o azarosa o incluso, cuando esté disponible en formato electrónico, se ofrecerá a la deriva impaciente característica del hipervínculo. Quizá intuyendo el ciberespacio, la metáfora que prefieren los autores es la de una «red desgarrada» (p. 16). Las resonancias de *Según cuerpos* con experimentos etnográficos como los que llevó a cabo Richard Price tras su trabajo de campo entre los Saramaka (1983, 1990) o, en literatura, con la propia Rayuela, parecen evidentes. El impulso inicial a leer el libro de manera lineal, se trunca rápidamente ante la avalancha de ramificaciones que atraviesan los capítulos, entroncan órganos, sustancias y funciones fisiológicas, o dibujan homologías y disonancias entre cuerpos y escenarios sociales y naturales. Una vez interrumpe la línea recta, el libro se ofrece al lector en toda su complejidad.

Así, el lector puede utilizar simultáneamente *Según cuerpos* como laberinto y calidoscopio. Como laberinto porque los recorridos múltiples que lo atraviesan no ofrecen ninguna salida clara al exterior —más allá de cerrar las pastas y alejarse del libro—, sino que más bien generan una atracción centrífuga que absorbe al lector desde el lenguaje hacia las profundidades del cuerpo y le desafía aleatoriamente con sus numerosos habitantes, orgánicos y figurados. Como calidoscopio porque las secuencias de fragmentos de texto, y las abundantes combinaciones posibles de cuerpos, representaciones y experiencias de cuerpos que se ofrecen en estas pági-

nas, nos enfrentan con un objeto escurridizo que se modifica en cada giro. Pero este es un libro que, además de ofrecer una maraña de galerías para la (des)orientación etnográfica y poder ser leído calidoscópicamente, se piensa y asimila con el cuerpo. Resulta difícil no reconocerse en sus tramas e incorporar, en el sentido más carnal del término, las distintas rutas narrativas en la propia experiencia somática del lector. Su ingestión pausada nos proporciona claves imprescindibles para el redescubrimiento de algunas de las tensiones, límites y zonas grises de la etnografía, así como de su extraordinario potencial creativo y literario.

### Referencias bibliográficas

CORTÁZAR, J.

1984 *Rayuela*. Madrid, Cátedra.

PRICE, R.

1983 *First Time: The historical vision of an Afro-American people*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

1990 *Alabi's World*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

Francisco Ferrándiz  
Universidad de Deusto

## La construcción social de la marginalidad

CUNHA, Manuela P. da 2002, *Entre o Bairro e a Prisao: Tráfico e Trajectos*. Portugal, Fim de Século.

*Entre o Bairro e a Prisao: Tráfico e Trajectos* constituye un texto novedoso y sorprendente en relación con los estudios carcelarios y con el narcotráfico. No sólo por la conexión triádica Barrio-Prisión-Droga, que analiza y desmenuza con extraordinaria lucidez y acierto la autora, sino especialmente por las diversas cuestiones epistemológicas que propone sobre el estatuto ideológico de la prisión, sobre el modelo de justicia aplicado al narcotráfico, sobre el papel del antropólogo en contextos carcelarios y extracarcelarios, sobre el potencial de la etnografía a través del tiempo, por poner algunos ejemplos significativos.

Comienza la autora manifestando su sorpresa ante las radicales transformaciones encontradas en la prisión femenina en la que realizara trabajo de campo diez años antes. Dos hechos básicos aparecen ante el investigador: la homogeneidad penal de la población reclusa –sin paralelo en la historia de la institución– y un inédito y enmarañado telar de relaciones de parentesco, de amistad y de vecindad en los que esa población se articula dentro de la cárcel, pero también fuera de ella, como más adelante se constata.

Pero lo primero que se cuestiona en la introducción del texto es el propio estatuto de la investigación. No pretende *ab initio* un estudio longitudinal asentado en una comparación punto por punto entre los referentes del pasado y del presente. Rechaza, asimismo, el encasillamiento en la categoría de re-estudio, una vez reconocida la distancia sociológica de la propia autora tras diez años de maduración personal e intelectual, así como por la convicción empírica de que se trata de un trabajo de campo en un mismo contexto en momentos diferentes: «Nesse sentido éste é, na verdade, outro estudo, nao um re-estudo» (pág. 18). Ese «otro estudio» nace de los interrogantes que a la autora se le presentan en relación con una metamorfosis en el margen institucional, entre el fin de un ciclo y el comienzo de otro. Qué y cómo hacer con la divergencia se constituyen entonces en hilo conductor del nuevo trabajo de campo que lleva a la autora a buscar explicaciones más allá de los muros de la cárcel.

En cuanto a los contenidos capitulares, el primero de ellos se centra tanto en las transformaciones institucionales de la prisión –Tires– como en las modificaciones («mutaciones», como las denomina la autora) políticas y legislativas (tanto portuguesas como de ámbito internacional) en relación con un nuevo estado de alarma social por la inseguridad, que ha de desembocar en la polarización de la economía de represión en su relación con la criminalidad.

Ambos aspectos ponen en cuestión los clásicos contornos de la institución total goffmaniana. La des-ideologización de la prisión en pro de modelos de gestión carcelaria, junto a la homogeneización legislativa de los delitos relacionados con el narcotráfico, promueven la emergencia de colectivos y espacios sociales que se ven directamente afectados por este cambio de percepción institucional de lo criminógeno.

En el segundo capítulo se describe e identifica el perfil sociográfico y penal de la población reclusa, así como sus nexos de contraste con el pasado. Pero también aparece el antropólogo, no sólo para dar cuenta de sus pasos en el terreno, sino para inferir las eventuales implicaciones de su propio cambio en la forma como comprende el cambio del terreno mismo. Así, las reflexiones teóricas de Cunha sobre la etnografía como herramienta heurística son de profundo calado. Evidenciando el carácter persistentemente inconcluso de la etnografía, que hacen de ella algo ni definitivo ni atemporal, ha de pensarse entonces como un instrumento metodológico selectivo y contingente. El regreso de la autora al contexto etnográfico hace aún más patente esa noción de contingencia. Es así que el desplazamiento o descentramiento del objeto proporciona a la autora las claves para la comprensión del fenómeno social que tiene ante los ojos. El barrio es a la prisión como la prisión al barrio. Consecuentemente, la estrategia etnográfica se adapta a las nuevas condiciones de trabajo: no es ya un *estar* en la prisión sino un *ir* y *venir*, física e intelectualmente, de un lugar cultural a otro, bajo la convicción de que ambos forman parte de la misma realidad empírica. Como resultado, las dos etnografías separadas por un lapso temporal muestran las etapas de evolución de un contexto dado que ha mudado la naturaleza de sus actores principales. La manera en la que la autora va ofreciendo la construcción y desarrollo de este proceso es una de las virtudes del texto.

También aparece el «foso sociológico» que separaba a la autora de las reclusas después de diez años: «É indubitábel que uma etnografia é conduzida nao apenas num momento específico do ciclo vital do investigador, mais igualmente numa etapa de sua maturação intelectual e do seu percurso teórico» (pág. 94). Otras cuestiones de relieve que resuelve la autora con sorprendente clarividencia son aquéllas que tienen que ver con la «cocina etnográfica», como la construcción de redes sociales («Seguia assim o fio das redes locais existentes, que entretanto se iam entrecruzando na minha rede pessoal», pág. 89), la triangulación de la información («discutir tópicos preferentes com distintas pessoas», pág. 91), o la fragilidad de las categorías temáticas («as temáticas mudam com o tempo e umas vao convocando outras de maneira imprevisível»..., pág. 91). Todo ello combinado con estrategias de ordenación y sistematicidad en la selección de muestras estratificadas y significativas de reclusas.

Los dos siguientes capítulos examinan las razones de la presencia de tramas de parientes, amigos y vecinos en la prisión, así como los entornos sociales y sus características. Desde la constelación de las parentelas, que tanto en la prisión como en el barrio forman un hilo de continuidad, hasta las razones que lo explican: el endurecimiento y la homogeneización legislativa en relación a los delitos por tráfico y su incorporación penal a las bandas criminales (que, en términos penitenciarios, se traduce en penas de mayor intensidad y más larga duración), junto

a la propensión policial a mostrarse más proactivas en relación con ciertas categorías socioespaciales y étnicas, acaban por incrementar, por tanto, la probabilidad de detenciones en esos mismos contextos y categorías. También se abordan las modalidades de participación de parientes, amigos y vecinos en el mercado minorista de drogas, y sus líneas distintivas en relación con otros narcomercados. El narcomercado portugués aparece caracterizado por una economía de la droga híbrida, semiperiférica, marcada por los trazos estructurales de la sociedad portuguesa, especialmente por el carácter particular del que se reviste la pobreza. Mención especial merece el papel desempeñado por las mujeres en el mercado de la droga, desdeologizado éste de las cuestiones de género, al contrario de lo que ocurre en contextos norteamericanos y anglosajones, en los que el narcotráfico se asocia al uso de la violencia y a los valores viriles asociados para afrontar la defensa del territorio.

Los dos últimos capítulos abordan las implicaciones de los lazos de parentesco y de vecindad en la experiencia carcelaria y la forma en que estos lazos alteran profundamente la naturaleza de las relaciones dentro de la prisión. La existencia de vinculaciones pre-constituídas a la prisión establece el prolongamiento, la línea de continuidad y no la ruptura, tal como apuntara Goffman en relación al efecto totalizante de la institución, con el exterior. Prisión y barrio aparecen interconectados por redes de parentesco, por compartir las reclusas una procedencia residencial afín, por pertenecer al estrato de la forzada pobreza que intenta conculcarse con el menudeo de droga en contextos marginales. Barrio y prisión forman parte de una vía de ida y vuelta en la que transitan hermanos, primos, tías, vecinas en distinto orden de continuidad o coincidencia. La prisión se ve entonces integrada en el barrio y éste aparece como referente cotidiano y organizador de aquélla. Explora, asimismo, las fronteras cognitivas y los efectos sensoriales y somáticos que la prisión—en el contexto penitenciario de Tires—promueve actualmente en relación al pasado, donde el temor al contagio de enfermedades como la hepatitis, o el sida, el aislamiento del individuo dentro de la institución, o la suspensión del tiempo social explicaban, hace diez años, el efecto de prisionización descrito por Clemmer en la década de los años cuarenta del pasado siglo (Clemmer, D.: *The Prison Community*. Boston, Christopher Publishing Co, 1940). En el segundo estudio la autora constata la convicción de comunidad representada por las reclusas, inmersas en lazos sociales de todo tipo, tanto en el interior de la cárcel como con el exterior a través de los sistemas de visitas familiares o de las salidas y entradas de las otras reclusas procedentes del mismo barrio. No queda, sin embargo, el vacío etnográfico que refiere al *staff* de la prisión, que aparece mediatizado por particulares representaciones del «Otro», así como por la incorporación de la distancia social como vía de exotización de la distancia cultural que les separa de las reclusas.

Culmina el texto con una conclusión en la que los interrogantes, sin dejar de ser de naturaleza teórica, inciden en el sentido de la incorporación de los cambios que han repercutido en Tires y que integran algunos de los aspectos más gruesos de la modernidad tardía. También se pregunta, siguiendo la propuesta de J. Comaroff, por la construcción de las figuraciones del

«Otro» en las sociedades occidentales contemporáneas, no tanto caracterizadas por implementar la política de la diferencia cuanto por la política de la indiferencia.

Hay, sin embargo, en el libro algunos aspectos que, a mi juicio, deslucen las aportaciones del trabajo, como ocurre con una buena cantidad de los estudios etnográficos. Se trata de esos tics y formalismos académicos que encorsetan y prescriben el formato narrativo de los textos orientados por y para la academia. Esto es: excesiva profusión de relatos de informantes, que en el caso de Cunha son inusualmente largos; excesivas, también, las citas originales de otros autores, también inusualmente largas en el libro que reseño. Y, en este último punto, no he podido sustraerme a la sensación de la que autora utiliza las opiniones de otros autores del mismo modo y con la misma finalidad que emplea el discurso nativo: la de encontrar continuidad y soporte al discurso propio. Estoy convencido de que el libro de Cunha es un excelente merecedor del Prémio Sedas Nunes de Ciências Sociais 2002, pero no he podido evitar la sensación de estar ante una investigación que tenía el formato de una tesis doctoral, aunque desconozco si lo es. Pero, sin duda, un excelente libro, quizá demasiado largo (más de 350 páginas de amplia caja) al que una condensación argumental (pues la línea expositiva se reitera a lo largo de toda la obra), junto con una estricta selección de los discursos autoriales y nativos le hubieran dotado de una mayor consistencia, proporcionado mayor solvencia y permitido ofrecer un texto más liviano de cara al lector, receptor último y destinatario final del trabajo científico e intelectual.

Una última reflexión sobre un aspecto que me ha llamado la atención en el conjunto de la obra: el hecho de la autora beba con exclusividad de fuentes bibliográficas bien actualizadas sobre los ámbitos anglosajón, francés y portugués. No hay ni una referencia, ni cita alguna de investigadores españoles. Y estudios publicados sobre prisiones españolas, incluidas las de mujeres, hay. Por supuesto que no pretendo plantear un simple caso de celotipia profesional, entre otras razones porque tampoco los investigadores españoles citan las fuentes portuguesas (al menos en el ámbito de estudios carcelarios y penitenciarios). Precisamente esta es la cuestión. Cuestión que llevó a María Cátedra a preguntarse por qué no ha habido apenas «ningún cruce ibérico de miradas» (Cátedra, M.: *La mirada cruzada en la Península Ibérica*. Madrid, Catarata, 2001). El trabajo de Cunha es, en ese sentido, un reflejo fiel de lo que sigue sucediendo en nuestro ámbito científico, tanto en Portugal como en España. Si en algo deberían declararse expertos los antropólogos es en la capacidad para ampliar los horizontes de comprensión cultural, por encima de los condicionantes sociohistóricos. Si hacemos esto cada vez que nos desplazamos a otros contextos sociales con la finalidad de comprenderlos y explicarlos, ¿cómo seguimos manteniendo esta ceguera parcial que nos impide mirar al otro lado de la frontera? Los científicos sociales portugueses y españoles deberíamos asumir lo que finalmente enseñamos en las aulas universitarias, es decir, a traspasar el umbral de lo obvio tomando conciencia de lo que asumimos acríticamente. Y en nuestro caso, también resulta acríticamente obvio que ambos, españoles y portugueses, somos la Península Ibérica. Si no aprendemos a pensar en otros términos conceptuales y territoriales



estaremos condenando a la etnografía y a la disciplina misma a encerrarse dentro de sus propios muros y fronteras. Si esto es así, entonces ¡allá los ibéricos si deciden seguir siendo tueros!

Miguel LÓPEZ COIRA  
Universidad Complutense de Madrid

# Una colección de instrumentos musicales en Lisboa

KUBIK, Gerhard: *Lamelofones do Museu Nacional de Etnologia*. Lisboa, Museu Nacional de Etnologia, 2002.

Catálogo de la Exposición «Na Ponta dos Dedos – Lamelofones do Museu Nacional de Etnologia», realizada en el Museu Nacional de Etnologia, Lisboa, Febrero- Septiembre de 2003.

*Lamelofones de Moçambique e Angola*.

Disco Compacto. Arquivo de Sons, Museu Nacional de Etnologia.

Produção e Distribuição Tradisom, Editora Discográfica Lda.

Coordinación científica y textos de Gerhard Kubik. Gravaciones de Gerhard Kubik, Moya Aliya Malamusi, Maurice Djenda, Helmut Hillegeist y Donald Kachamba.

Edición bilingüe, con textos en portugués e inglés.

A pesar de encontrarse todavía poco desarrollado el universo editorial en Portugal en lo que respecta a las ciencias musicales, los estudios organológicos que se han producido han dado como resultado algunas publicaciones sobre instrumentos musicales africanos oriundos de las antiguas colonias portuguesas. Más allá de un conjunto de pequeñas observaciones publicadas a lo largo de las últimas décadas de ocupación colonial, hay que referirse a los trabajos de Tracey (1948), Kubik (y otros) y Margot Dias (1986) sobre Mozambique, otros sobre Angola (Redinha 1984, Rodrigo 1984) o incluso sobre los instrumentos musicales y la expansión portuguesa (Morais 1986). Sin embargo, existe la certeza de que un enorme espacio de investigación permanece inexplorado en la literatura sobre la música en los países lusófonos de África. Es preciso indicar que existe en Portugal un elevado número de instrumentos musicales provenientes de las antiguas colonias portuguesas de África, actualmente dispersos por diversas colecciones públicas y privadas. El inventario y descripción de tales colecciones constituiría una importantísima contribución al conocimiento de las culturas musicales de las regiones de Angola, Mozambique, Guinea Bissau, Santo Tomé y Príncipe y Cabo-Verde, dado que es muy escaso el trabajo de investigación etnomusicológica realizado en estos países.

Después del trabajo de Paul Berliner, *The Soul of Mbira* (1978), una obra que reveló las dimensiones culturales de la práctica del instrumento entre los shona de Zimbabwe, el estudio de los lamelofones africanos ha conocido desarrollos recientes con las obras de Brenner (1997)

y Kubik (1998), que han abierto nuevas perspectivas para el conocimiento de la práctica musical en África.

La importancia del catálogo que ahora se publica es, por tanto, evidente. Una publicación organológica sobre la colección de lamelofones del Museu Nacional de Etnología constituye pues un importante acontecimiento y una valiosa contribución para la ciencia musical en Portugal.

Los lamelofones representados en la exposición y en el catálogo provienen de Mozambique, Angola y Guinea-Bissau, y se encuentran en el Museu Nacional de Etnología. El libro se refiere a una colección de estos instrumentos constituida sobre todo a partir de incorporaciones que datan de los últimos diecisiete años del periodo colonial (desde 1958 hasta 1975), recogidas por misioneros, estudiosos (António Carreira, Margot Dias y Ernesto Veiga de Oliveira, entre otros) y miembros de la administración portuguesa en el contexto de la Agência Geral do Ultramar (institución creada en 1924). Cuentan por tanto, con un enorme significado histórico, por cuanto algunos de los ejemplares son de inicios del siglo XX (señalar que fueron instrumentos que estuvieron expuestos en Oporto, en la Exposición Colonial de 1934), y además fueron testimonios de actuaciones musicales, sobre todo durante las décadas de 1950 a 1970, que incluyeron uno de los dos periodos más críticos de la historia de Guinea-Bissau, Mozambique y Angola: el periodo de guerra contra la ocupación colonial. También hay que señalar que una buena parte de esta colección es el resultado, precisamente, de la interacción entre el poder colonial y las poblaciones de estas regiones en tiempo de guerra —algo que, curiosamente, se omite en el catálogo—.

El libro es un excelente catálogo que incluye una cuidada descripción, acompañada de fotografías en color de una gran calidad (aunque es una pena que muchas de las fotografías no permitan la visualización tridimensional de los objetos), de las ciento treinta y seis piezas expuestas. Más allá de la mera descripción, cada pieza contiene un conjunto de informaciones museológicas: la fecha de incorporación al Museu, quién la adquiere, fecha y lugar de adquisición, el antiguo propietario, el grupo cultural y nombre local y finalmente las medidas de la base sonora.

La descripción de cada instrumento consiste en la referencia detallada de diversos aspectos organológicos: el formato de la base y de las extremidades laterales, los orificios sonoros, la decoración, coloración, o número y tipo de láminas, métodos de suspensión, objetos de resonancia acoplados, etc. En algunos casos, se incluye también la notación musical que contiene la afinación de las láminas de los instrumentos; cuestión problemática, puesto que la afinación de estos instrumentos es variable y nada puede garantizar que la afinación que hoy se conserva en ellas no haya sido introducida por factores completamente extraños a su contexto original. Nótese aquí la utilización de pentagramas utilizando una discriminación no superior al medio-ono. A pesar de la información de que «las notas son relativas» (p. 152), tal sistema de notación sugiere que un sistema de afinación igualmente templado podría estar en la base de la *performance* de estos instrumentos.

En «Considerações Gerais», Kubik proporciona al lector informaciones breves sobre los distintos puntos de vista que se ofrecen a través del estudio de los lamelofones en los dominios de la organología, tecnología y manufactura, ejecución musical y sus técnicas, mundo sonoro de los instrumentos, cognición, educación y personalidad de los músicos, historia de los instrumentos y, finalmente, sobre el contexto cultural.

El estudio contempla aspectos comparativos con instrumentos originarios de otras regiones de África subsahariana, virtud que le enriquece en gran medida y que sólo es posible gracias a la enorme experiencia del autor, Gerhard Kubik, que aparte de una considerable cantidad de textos sobre instrumentos musicales publicó recientemente una importante obra de referencia sobre los lamelofones africanos (Kubik 1998).

Se verifica con alguna sorpresa la falta de referencia sólida en el catálogo a todas las dimensiones vocales que integran las prácticas performativas que abarcan los lamelofones – y que se encuentran por cierto muy bien representadas en el disco compacto. Éste, concebido como complemento del catálogo de la exposición (pero que se vende aparte), incluye veintisiete cintas resultantes de grabaciones de campo efectuadas en Mozambique (1962), Malawi – frontera con Mozambique (en 1967, 1987 e 1989), Angola (1965 y 1982) y Namibia, en un campo de refugiados angolanos (en 1992). Kubik organizó este disco como forma de presentar al lector del catálogo ejemplos musicales relacionados con los textos, un propósito que está plenamente conseguido, dando al conjunto del libro y del disco un extraordinario potencial didáctico. Sin embargo, el oyente hubiera agradecido la lectura de las traducciones de los textos presentados por los intérpretes.

Una curiosidad del lector no puede dejar de manifestarse: ¿cuál es la realidad reciente o actual de la práctica performativa de los lamelofones en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau? ¿Que procesos la están transformando? A pesar del pesimismo del autor en relación a la supervivencia de la práctica de estos instrumentos no podemos dejar de esperar con muchas expectativas nuevas investigaciones en este sentido.

### Referencias bibliográficas

BERLINER, P.

1978 *The Soul of Mbira*. Berkeley, University of California Press.

BRENNER, K.

1997 *Chipendani und Mbira*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

DIAS, M.

1986 *Instrumentos Musicais de Moçambique*. Lisboa, Instituto de Investigação Científica Tropical.

KUBIK, G.

1998 *Kalimba, Nsansi, Mbira-Lamellophone in Afrika*. Berlín, Museum für Völkerkunde.

MORAIS, D.

1986 *Os Instrumentos Musicais e as Viagens dos Portugueses*. Lisboa, Instituto de Investigação Científica Tropical.

REDINHA, J.

1984 *Instrumentos Musicais de Angola*. Coimbra, Instituto de Antropologia da Universidade de Coimbra.

RODRIGO, A.

1984 *África-Instrumentos Musicais*. Coimbra, Museu e Laboratório Antropológico da Universidade de Coimbra.

TRACEY, H.

1948 *Chopi Musicians*. London: Oxford University Press.

João Soeiro de Carvalho  
Departamento de Ciências Musicais  
Universidade Nova de Lisboa  
Traducido por María Cátedra

## Resistencia rural de rebeldes primitivos y comunistas modernos

GODINHO Paula (2001), *Memórias da Resistência Rural no Sul. Couço* (1958-1962). Oerias, Celta Editora.

Estos rebeldes de Couço no son menos primitivos por ser comunistas, ni tampoco al revés, contra lo que pudiera parecer a los más dogmáticos seguidores de E. Hobsbawm. Son campesinos, agricultores, trabajadores rurales, obreros agrícolas, jornaleros, etc.: cómo se llaman a sí mismos y cómo los llaman los demás es importante para saber quiénes son estos rebeldes; cómo llegan a ser lo que son es lo que indaga la autora.

Este libro de Paula Godinho es una historia de rebeldes anónimos, de comunistas y de opositores a la larga dictadura portuguesa pero, sobre todo, de trabajadores rurales que aquí se convierten en sujetos de la historia. Lo más importante que nos explica es cómo se construye una identidad rebelde rural en un proceso en el que una comunidad rural se articula contemporáneamente en sociedad civil. En el análisis de esa rebeldía, este trabajo nos permite transitar del heroísmo opositor, tan frecuente en el tratamiento histórico de los movimientos de oposición, a una resistencia campesina desprovista de épica militante porque recupera a los resistentes anónimos, tal cual eran, no como héroes de partido sino como individuos subalternos con capacidad de defensa frente a la injusticia. La obra está presidida por el empeño de dar sentido al pasado de los vencidos anónimos, y con él al presente, haciendo historia de lo que se juzga sin ella y distinguiendo la Historia de la memoria social pero también la historia construida por los individuos de aquella otra Historia que por ser englobante los trasciende.

La autora nos ofrece una atalaya desde la que nos muestra cómo unos agricultores o, mejor, *trabalhadores rurais* que trabajan a jornal se convierten, desde que en 1943 se organiza en Couço el PCP, en operarios agrícolas y en *camponeses* y sujetos de la revolución sin haberlo sido hasta entonces, por exigencias del guión del Partido y en qué medida aceptan conscientemente esa posición, construida desde fuera, porque entronca con sus lógicas y sus necesidades. Ya antes de ser comunistas se habían organizado, habían resistido y habían definido su memoria y esta herencia comunitaria se funde con su forma de organización en el partido. Porque después de la guerra mundial, los movimientos colectivos constituyen en Couço la materialización de la resistencia cotidiana heredada pero con nuevos instrumentos –aparentemente superiores– que permiten pasar a formas ofensivas de resistencia, desde fines de los cuarenta, en la órbita del PCP.

Esta investigación sobre «el cambio social en una época de aceleración histórica» se concibe como una forma de antropología histórica que une la mejor antropología portuguesa (de J. Días a J. Pais de Brito) y su mejor historiografía (Fernando Rosas, Irene Vaquinhas, Pacheco Pereira), en la línea del magnífico precursor que ha sido Raúl Iturra, cuyo magisterio ha influido en Portugal —así como también en Galicia—. Estamos ante un detallado y extenso trabajo que reúne un bagaje impresionante de información y de tradiciones intelectuales con las que quiere contrastarse. La minuciosidad amorosa del historiador local se acompaña adecuadamente de la observación participante —como técnica de aproximación pero también como garantía de distancia— del antropólogo que ha perdido la inocencia; también se combinan el sentido de las fuentes del mejor historiador, la aproximación teórica del científico social que atiende a todas las vertientes del problema y, por supuesto, el rigor científico imprescindible presiden este trabajo. Claro que, además de lo ya indicado, la autora es una amiga: seguramente se notará y por eso siempre es mejor dejarlo escrito para evitar confusión en el lector no avisado y malicias en el avisado.

La relación entre la comunidad rural que sirve de base a la investigación y el nivel del Estado exige una adecuación metodológica para evitar que rechinen los goznes. La profundización en ambas vertientes, la micro y la macro, es un empeño de la autora en todos sus trabajos y la adecuada relación entre los dos planos constituye seguramente una de las virtudes de su obra.

En el cruce entre antropología e historia, producto de un diálogo entre las ciencias sociales que dura varias décadas, los antropólogos que se aproximaban a la Historia solían comenzar consumiendo materiales históricos pero despreciando las fuentes primarias y escritas que constituyen la base del trabajo del historiador. De la misma forma, los historiadores que se aproximaban a la Antropología se entusiasmaron muchas veces con la riqueza y las nuevas posibilidades de las fuentes orales, llegando a despreciar otras posibilidades heurísticas, especialmente la documentación más convencionalmente histórica y, sobre todo, las fuentes producidas por el Estado, incluso como sano e imprescindible elemento de contrastación. Este diálogo como suele ocurrir tuvo, en un principio, el problema propio de los neófitos. Por el contrario, oralidad y escritura son complementarias y sirven para cruzarse y contrastarse; de hecho, el recurso a la historia oral permite en no pocas ocasiones acceder a fuentes primarias que no están recogidas en archivos convencionales, fuentes infrecuentes de los más diversos tipos, producidas o almacenadas por los protagonistas y que por ambos motivos tienen un valor singular para conocer especialmente la historia de los sin historia.

En relación con los planteamientos del trabajo, una de sus virtudes la constituye el hecho de que las largas consideraciones metodológicas que introduce incluyen, además de una fundamentación de los métodos, una explicación detallada de los procedimientos de trabajo que resulta de utilidad al lector. Así por ejemplo son de agradecer sus referencias al empleo del diario de campo —en el que el investigador recoge y certifica el trabajo y centra las ideas— y que constituye una gran ayuda para la elaboración de cualquier pesquisa pero que el antropólogo utiliza más habitualmente que el historiador u otros científicos sociales.

Desde el punto de vista teórico, la autora establece un diálogo, en ocasiones excesivamente prolijo, con la literatura antropológica; y todavía me parece más innecesario, el continuo apoyo que busca en la historiografía para fundamentar su relato. Siguiendo con los excesos tal vez sobren textos y sangrados, comprensibles en una monografía estrictamente académica pero que otorgan una densidad innecesaria al producto final, infrecuente en la actual literatura científica, especialmente en la dominante anglosajona, aunque ciertamente frecuente en la producción de los científicos sociales ibéricos; también hay que mencionar algunas repeticiones innecesarias que en ocasiones parecen fruto de un demiurgo informático. Terminando con las precisiones formales, hay que mencionar una estructura muy desequilibrada en cuanto al tamaño de los capítulos y que se echan de menos conclusiones parciales y finales.

En todo caso, algunos de esos diálogos intelectuales tienen un gran interés, entre otros el que establece con la tradición de los estudios campesinos para intervenir en el debate sobre la definición de los jornaleros como campesinos, que ella sanciona en sentido negativo. Pero la plática más profunda y prolongada tiene que ver seguramente con la comparación entre Portugal y España y por ser más precisos entre el *Sul* portugués y el sudoeste español, con el latifundismo como continuum transestatal. Se trata de un fluido e interesante diálogo con la obra de autores que tienen el mismo interés, desde J. Martínez Alier a D. Gilmore o E. Malefakis en el que la comparación conceptual y factual es permanente. Por esta vía, la obra se convierte incluso en transfronteriza para demostrarnos cómo tantas cosas funcionaron y funcionan de modo semejante en la Península Ibérica, independientemente de la frontera: tal es el caso de la migración estacional de segadores del Norte que demuestra la interdependencia entre latifundio e minifundio –gallegos en España y *galegos* en el Ribatejo aplicado tanto a los que proceden de las Beiras como del norte «*gallaecico*» (minhoto o trasmontano). Pero el mundo rural portugués y el español tienen mucha más historia en común: ambos son mundos agrarios hambrientos en los bélicos años cuarenta, alimentados con caldo de *saramagos*; y agros «llenos» hasta los años sesenta en que experimentan un acelerado éxodo rural –tan sólo algo más demorado en Portugal– pero que participan de la misma tardía y traumática desagrarización en el marco de una Dictadura no sólo injusta en lo social y autoritaria en lo político sino profundamente equivocada en lo económico. En ambos mundos la reforma agraria es una exigencia ética de las clases medias e intelectuales democráticas que alientan el cambio político y social durante el siglo XX; con casi idéntica escasa fortuna histórica en las décadas centrales.

Conforme a su título, el núcleo de la investigación es la cultura de la resistencia. Una cultura articulada en poderosos soportes: a través de la construcción de un relato compartido, de una memoria construida (que tiene origen en la tradición ilustrada –tardía aquí– representada en la llegada de un maestro republicano), de una red social (como la de la todavía poco estudiada resistencia interior en la España franquista); a través de los lugares de memoria, que evocan acontecimientos (en la *praça da jorna*, por ejemplo, donde son contratados los jornaleros cada domingo y donde está el local de la GNR asaltado en 1958), de un fuerte anticlericalismo que identifica a la Iglesia como aliada de los poderosos; una cultura canalizada a través de una socia-



lización familiar tan primaria como efectiva. La autora, que no sólo nos explica la explosión y el conflicto –sino también sus consecuencias menos épicas en relación con la detención y la prisión– descubriéndonos cómo la humillación colectiva por parte de los instrumentos represivos del régimen (especialmente la PIDE) es un elemento muy importante en la definición de esa cultura de resistencia. Centrada en este caso concreto y en términos tanto organizativos como afectivos en el Partido Comunista, convertido en sí mismo en un hecho cultural en muchas zonas del Ribatejo y el Alentejo.

Paula Godinho se ocupa, en suma, de cómo se construye una tradición de lucha que rompe con la idea de las rebeldías primitivas de campesinos prepolíticos que la historiografía ilustrada y moderna (liberal o marxista) que concibe la modernidad como un atributo exclusivamente urbano estableció en el pasado. Constata cómo no hay movilización sin organización pero además nos demuestra cómo tampoco la hay sin memoria (historia). Y esto es a mi juicio una de las conclusiones más relevantes, otra es que la resistencia forma en este caso parte de la identidad comunitaria. Los de Couço son proclives a la rebeldía, y no porque estén en peores condiciones materiales que otros, así lo afirman con asombro e incomprensión los informes de la PIDE o los propietarios locales. Esta propensión es la que la autora se ocupa de explicar en el sentido indicado. Como explica la cotidianización de la resistencia de muy diversas formas, a través de formas de infrapolítica ejercidas por los subordinados que construyen una identidad reivindicativa en el rechazo cotidiano de los rituales de subordinación que imponen las clases dominantes, recogidos por la autora en numerosos relatos. Rutinas de resistencia expresada en forma de falta de respeto y desacralización, por ejemplo.

Para terminar, una incógnita en relación con el uso de la tecnología que puede convertirse en un arma para los propietarios y que, en todo caso, tiene una enorme importancia en la definición de los procesos sociales analizados. No puede ser que simplemente se implante en los años cincuenta cuando le llega la hora, porque esa hora pudo haberse retrasado o adelantado. Merecería un tratamiento específico de carácter histórico para nutrir la interpretación pero, como siempre en estos casos, el interés es del reseñante. Estamos, en suma, ante un libro de enorme interés para descubrirnos la importancia de la memoria en la acción colectiva, en este caso de resistencia. Una obra que va abriendo sendas que tendrán un largo e interesante recorrido.

Lourenzo Fernández Prieto.

Departamento de Historia Contemporánea (USC)

## ¿Sobre el Atlántico Pardo?

VALE DE ALMEIDA, Miguel 2000, *Um mar da cor da terra. Raça, cultura e política da identidade*. Lisboa, Celta Editora.

*Um mar da cor da terra* de Miguel Vale de Almeida es uno de los libros más estimulantes que la Antropología Portuguesa ha producido en los últimos años. Es una valiosa contribución a la discusión de la situación de pos-colonización portuguesa, a pesar de que su recepción permanezca limitada a la comunidad antropológica. Poca o ninguna ha sido su repercusión en otras comunidades científicas, como la de los estudiosos de las literaturas africanas, quienes inauguraron en Portugal, aunque inadvertidamente, los estudios pos-coloniales, reanudando, tras la independencia de las colonias africanas, el diálogo con las respectivas elites culturales (y, de cierta manera, también políticas), en una época en que las relaciones diplomáticas con estos nuevos países aún se resentían de los efectos perversos de la colonización y de los no menos contraproducentes efectos de una descolonización precipitada.

El libro se compone de seis capítulos, titulándose el primero «Potogee: ser portugués na Trinidad». Se trata de un texto complejo que, al relatar el proceso vivido por el autor en la búsqueda de un terreno de investigación en las Antillas, describe la comunidad de descendientes de portugueses en la isla de Trinidad, recurriendo con frecuencia a las teorías y conceptos desarrollados por la antropología y demás ciencias sociales a propósito de los recorridos de identidad en contextos multiétnicos. Sigue un capítulo largo, que constituye, en cierta forma, el núcleo del libro, en el que el autor, recurriendo a varios registros narrativos y a varias voces (la suya y la de los que oía), da cuenta, en una tradición deconstruccionista, de sus investigaciones sobre los conceptos de raza, cultura y política de la identidad en la comunidad afro-descendiente en la ciudad costera de Ilhéus. Los dos capítulos siguientes («Tristes luso-tropicos. Raízes e ramificações dos discursos luso-tropicalistas» y «Saudades de si mesmo. Hibridismo, miscigenação, mestiçagem») son de índole teórica, revisando, a propósito, teorías y posturas sobre los mismos temas, con especial incidencia en la experiencia portuguesa. El quinto capítulo (con el título «O epílogo do império. Timor-Leste e a catarse pós-colonial portuguesa») vuelve a marcar un momento vital y de observación empírica de la situación de pos-colonización portuguesa, en esta ocasión acerca de la movilización social a la que se asistió en Portugal en el tiempo de la represión que recayó sobre los timorenses después del referéndum que condujo a la independencia del país, represión perpetrada por militares y para-

militares indonesios, así como por las llamadas milicias, constituidas por timorenses favorables a la integración del país en Indonesia.

El libro termina con un capítulo titulado «Um marinheiro num mar pós-colonial», referencia a una entidad de la religión afro-brasileña, (...) «figura de Mercúrio comunicante e abridor de passagens» (...), que, evocada en esa condición, se constituye como una de las fuentes inspiradoras del libro. En este mismo capítulo se levanta, a la vez que otras cuestiones, aquella que me parece traducir la idiosincrasia del libro, que, siendo una colección de varios estudios, no deja de mostrar alguna dispersión temática. Me refiero a la utilización del término «Atlántico Pardo» como réplica del «Atlántico Negro» de Paul Gilroy (*The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Londres: Verso 1993), en quien el autor se inspiró, como reconoce textualmente, «Gilroy usa –dice– el símbolo de los barcos y de los marineros para proponer nuevos cronotopos, menos apegados a fronteras y territorios (...)», lo que, en términos de expansión portuguesa, tendría correspondencia en el (...) «auténtico mar interior que se formó entre la Bahía y la costa occidental de África, en relación al tráfico de esclavos, a la venta en las plazas africanas, del tabaco plantado en la región de Bahía (Recôncavo Baiano) o, más tarde, a los “retornos a África” que fueron realizados por mucho afro-brasileños» (p.239).

A propósito de esta misma problemática hace una lectura retrospectiva de la antropología portuguesa, debatiendo concretamente la cuestión del luso-tropicalismo, fenómeno que, de cualquier modo, interesa no tanto como teoría (o conjunto de proposiciones teóricas) social, sino, sobre todo, como ideología y argumento político utilizado por el régimen salazarista para el mantenimiento del imperio colonial. El luso-tropicalismo es una expresión ideada por el antropólogo y sociólogo brasileño Gilberto Freyre, con la que procuró justificar una cierta especificidad de la presencia portuguesa en los trópicos. Como expresión fue acuñada, por primera vez, en una conferencia pronunciada por Freyre en Goa en 1959, titulada: «Una cultura moderna: la luso-tropical». Se trata, como proposición teórica, de una generalización un tanto abusiva de un conjunto de características que Gilberto Freyre había logrado discernir en un libro que es fundamental en su obra: *Casa Grande e Senzala* (1933). Las características que describe a propósito de la colonización portuguesa en el nordeste brasileño (a saber: la miscibilidad, la aclimatación y la movilidad de los portugueses en los trópicos), se refieren fundamentalmente al período mercantilista, por consecuencia, precapitalista. Más tarde procuró, sin gran consistencia teórica, confrontar los efectos de esta colonización con los de la colonización capitalista, utilizando, para ello, los términos Olinda (ejemplo de la colonización portuguesa mercantilista) y Olanda (ejemplo de la colonización holandesa, más comprometida con las premisas capitalistas). Olinda, como ciudad de fundación portuguesa del período en consideración, es, así, confrontada con los efectos en términos urbanos de la presencia holandesa en el Nordeste, o sea, con la fundación de la ciudad de Recife identificada como metáfora de Olanda.

Ésta es una vertiente del luso-tropicalismo que Miguel Vale de Almeida podría haber eventualmente explorado y, como tal, habría reforzado teóricamente la noción de «Atlántico Pardo», que transformó en una de las ideas clave del libro.

Mucho más habría que decir de este libro estimulante y creativo que continúa aguardando un mayor acogimiento, ya sea en Portugal, ya en los países africanos de lengua portuguesa (sobre Brasil no puedo dar datos) por parte de los investigadores de otras ciencias sociales y humanas igualmente preocupados por los efectos de la colonización portuguesa en los trópicos. No quiero, por ello, terminar sin reiterar la necesidad de ese diálogo interdisciplinar, que, si sucediera, volvería el conocimiento de aquí resultante más híbrido (para inspirarme en el leitmotiv del libro) y, como tal, más rico.

José Carlos Venâncio  
Universidad de la Beira Interior, Covilhã  
Traducido por Noemí Pérez

# Aproximaciones socio-antropológicas al estudio de la minería en España

GARCÍA GARCÍA, J. L., LÓPEZ COIRA, M., DEVILLARD, M. J., ESCALERA J., GARCÍA MUÑOZ, A. HERRERO PÉREZ, N. (2002) *Los últimos mineros. Un estudio antropológico sobre la minería en España*. Madrid: CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) / Siglo XXI.

Este libro es el resultado de una serie de trabajos de campo sobre los procesos sociales de distintas comunidades mineras españolas, en plena transformación y crisis de sus pilares industriales. Se analizan en él las estructuras internas de una muestra de poblaciones mineras españolas, es decir, el núcleo de elementos comunes que bajo la denominación de «cultura minera» constituyen el sistema en el que operan las diferentes prácticas sociales en estas comunidades. La investigación comparativa se realiza en una muestra representativa de ellas, elegidas tanto por la naturaleza de sus formas de explotación, como por las circunstancias históricas que han ido condicionando en cada caso las relaciones de implantación y desarrollo entre procesos económicos tan distintos como las explotaciones agroganaderas y las industrias mineras.

El punto de partida lo constituyen algunas investigaciones previas de los autores que, bajo la coordinación de José Luis García, habían aparecido en el número monográfico *Minería y sus Contextos Sociales*, en la revista *Antropología* (n.º 13). En la presentación del libro se recogen explícitamente algunas de las características que unifican las seis comunidades estudiadas. Se trata de poblaciones en las que la minería no sólo determina la vida económica sino también la organización y reproducción de las unidades domésticas, las interacciones sociales y las relaciones internas y externas de poder. La naturaleza masculina del trabajo minero y la percepción de sus riesgos generan una profunda polarización en torno a las variables de género y de edad y condicionan la proyección permanente de las relaciones laborales, de las categorías mineras y de las decisiones empresariales, en la vida extra-laboral.

Las etnografías específicas de cada zona abordan temas como el del territorio, las dinámicas, conflictos y estrategias sociales vinculadas a la reproducción de los grupos sociales y domésticos; o las respuestas adaptativas a los procesos de cambio, crisis y transformación estructural de estas poblaciones, pero en principio, el abordaje de estos temas y su marco teórico sigue en cada caso la lógica impuesta por las circunstancias particulares de cada zona.

M. J. Devillard describe las repercusiones sociales que tuvo la transformación del municipio de Langreo en un espacio minero-industrial sobre el mundo del trabajo, la organización

social y doméstica, y el paisaje de este concejo asturiano. En Langreo la economía minera e industrial ha monopolizado la actividad laboral y social de la población local a costa de la agricultura tradicional. Se ha construido allí una identidad grupal elaborada sobre una concepción de la solidaridad funcional de los trabajadores en la mina, que se extiende a toda la vida comunitaria y que queda bien recogida en la expresión local «yé una cadena». Se plantean actualmente alternativas al cierre de las minas y se piensa en la reconversión del sector en forma incluso de museos mineros e industriales, como fuente de atracción turística a las cuencas y de nuevos polígonos que intentan promover la implantación de pequeñas y medianas empresas bajo el señuelo de las ayudas de los Fondos Mineros. Todo ello, sin embargo, no genera sino desconfianza en una población local, que construye sus demandas de forma diferente: se apea a la «compensación diferida» y al abono de una deuda del Estado con estas zonas como resultado de un proceso histórico que ha conducido al expolio de sus riquezas naturales.

J. L. García propone, para explicar el proceso industrial del concejo asturiano de Aller, un modelo distinto al descrito por Devillard en Langreo. Se describe allí una compleja y heterogénea estructura social, en la que las unidades domésticas adoptan distintas estrategias combinatorias entre la agricultura y la minería para garantizar sus recursos. Hay «campesinos-mineros» que ven en la minería una fuente de ingresos para incrementar el patrimonio y la explotación agraria, y «mineros-campesinos» que practican la horticultura o ganadería a tiempo parcial, para complementar los salarios de la mina. El cuadro lo completan los «sólo mineros» —mineros proletarios menores en número que los de otras zonas vecinas como Langreo o Mieres—, y los «sólo campesinos», ambos con capacidad para transitar a las categorías mixtas, si las circunstancias lo exigiesen. Se nos muestra cómo actualmente, con la crisis del sector minero, estas actividades agro-pecuarias, también en crisis, sirven de pilar junto con las rentas procedentes de las prejubilaciones, para mantener la economía local de las comunidades alleranas. Esta condición de economía mixta agro-minera está moderando actualmente los efectos de la reconversión del sector y de la economía local de la misma manera que sirvió en el pasado para consolidar la actividad de la empresa minera (que se apoyó en la articulación de los dos modos de producción para mantener estable una mano de obra relativamente dócil) y para mejorar los rendimientos de los trabajadores (que tuvieron oportunidad de complementar y diversificar sus rentas).

J. Escalera, E. Ruiz y R. Alonso analizan los procesos sociales e históricos de las minas de cobre de Río Tinto. Muestran cómo desde la implantación de una colonia industrial británica en el siglo XIX, se dio forma a unas comunidades construidas en torno a la actividad minera, que configuraron las estructuras locales de poder, la organización de los grupos domésticos y las relaciones de género. La transformación de una estructura social campesina en una comunidad inmersa en el capitalismo industrial, con un sistema de trabajo asalariado y una economía monetarizada, produjo cambios estructurales en la organización social y doméstica de la zona. La figura del «cabeza de familia» como fuente exclusiva de la renta familiar, redujo a las mujeres a roles domésticos, entre ellos el de reproductoras de las fuerzas de trabajo. Esta refor-

mulación de la vida doméstica se ajustaba bien a los intereses de la empresa, que contribuyó a mantenerla mediante prácticas paternalistas (vivienda, educación, servicios...) similares a las observadas en otros contextos mineros, y sólo desaparecidas (como en las otras zonas) durante los últimos años de reconversión del sector. Sin embargo, es interesante observar cómo en este contexto de las explotaciones a cielo abierto, la identidad minera funciona de manera diferente a como lo hace en los interiores de la minería del carbón: las identidades colectivas se articulan sobre la auto-imagen de la «clase trabajadora» más que sobre la de «mineros».

En el estudio de N. Herrero del Concello de Cerceda (A Coruña), se muestran los procesos mineros vinculados a una explotación con una historia mucho más breve que la de los casos anteriores, puesta en marcha tras la crisis energética de 1975 y conformada en el contexto de una política autárquica de producción energética que llevó a la literal fagocitación de los recursos del paisaje local, por la voracidad de una minería a cielo abierto. Esta circunstancia transformó las estructuras materiales de las economías campesinas, y alteró las representaciones cognitivo-afectivas del territorio y de su entorno social, impidiendo el funcionamiento de unas identidades asentadas en las formas de vida tradicional. Lugares emblemáticos como la Iglesia y el cementerio, cargados de contenidos simbólicos y rituales debieron ser desplazados a espacios periféricos del concejo, por exigencia de la población local. En este proceso la tierra dejó de ser una riqueza renovable que se transmite de generación en generación, para convertirse en liquidez monetaria. Ya en el plano social se pasó de una organización doméstica campesina con un fuerte protagonismo de la mujer, a su reducción al ámbito doméstico en los nuevos lugares residenciales. Todo estos cambios operaron en un contexto donde la identidad minera y su autocategorización como «mineros» es escasa, a pesar de su dedicación exclusiva a la minería.

M. López Coira describe el devenir de una comunidad minera de la montaña asturiana (Ibias), donde la empresa minera desarrolló una estrategia de implantación basada en las tan frecuentes prácticas paternalistas, orientadas en este caso al reclutamiento, reeducación y fijación de la mano de obra local: con ellas se instrumentalizaban territorios y poblaciones a favor de la explotación. Durante largo tiempo la empresa consintió y articuló las viejas estructuras campesinas con la explotación minera, y sólo tras la reorientación de ésta a partir de los años setenta, hacia un capitalismo liberal centrado en las explotaciones a cielo abierto –menos intensivas en mano de obra y más impactantes ambientalmente, pero con una defendida mayor viabilidad económica–, los aprovechamientos campesinos y su propia concepción de la tierra se vieron modificados por la voracidad fagocitaria de la mina frente a los espacios agropecuarios, pasando de una concepción patrimonial de la tierra a otra de tipo utilitarista. En este contexto, la empresa continuó poniendo en práctica estrategias orientadas a vincular la población a las explotaciones, como la práctica de acompañar los acuerdos de compra-venta de tierras con garantías de empleo para los hijos. Todos estos procesos inciden en la estructura de las relaciones sociales, y las lógicas económicas y domésticas que han sufrido transformaciones importantes articuladas en torno a la explotación minera.

El estudio de Adelina García en el Alto Bierzo leonés, describe el conflicto local provocado por la expansión de una explotación minera que se realiza a costa de los montes comunales de propiedad vecinal. Ello supone una transformación del paisaje físico y humano, demográfico y económico de la zona, al que se resiste la población local, bajo el argumento de no aceptar que sea dilapidado como recurso colectivo el patrimonio de la comunidad. En este enfrentamiento, las administraciones y el poder local se posicionan a favor de la empresa minera y las explotaciones a cielo abierto sobre terrenos comunales, con la justificación de que tras el cierre de las minas de interior, ésta es la única alternativa de empleo para una comunidad, dependiente de las ayudas al sector. La autora resalta la necesidad de inscribir este proceso en otros de ámbito extra-local, como los de las Políticas Energéticas Comunitaria y Nacional, desde las cuales, se construye el discurso del «Desarrollo Alternativo de las Zonas Mineras», promovido por el «Plan del Carbón», bajo el que se inscriben decisiones de apoyo a nuevas iniciativas empresariales, creación de infraestructuras y fomento de la formación para el empleo, medidas que son vista con pesimismo y cierta desconfianza por la población local. Las prácticas empresariales se oponen firmemente a la lógica campesina que se explicita en un discurso que ve el territorio como una fuente de sustento del pasado y un recurso para el futuro, un patrimonio heredado y que se ha de donar a los hijos.

En este recorrido por tan distintos temas y zonas de la minería española, los autores nos presentan valiosos materiales para el análisis comparativo. J. L. García se centra en la articulación y rearticulación de las economías mixtas (agrícolas y mineras); M. J. Devillard resalta los procesos derivados de la crisis del sector en un ámbito netamente minero-industrial; J. Escalera, E. Ruiz y R. Alonso se fijan en las transformaciones que la actividad minera produjo en la organización doméstica y las relaciones de género; N. Herrero aborda los cambios del paisaje simbólico y social de la emergente economía minera; López Coira destaca la evolución que las estrategias empresariales producen en los entresijos de las tramas locales, y Adelina García analiza los distintos discursos que las diferentes partes (empresa, poder local, vecinos, administración) desarrollan con relación a la implantación de la minería a cielo abierto. En sus estudios de casos, todos ellos recorren aspectos relevantes de la vida social directamente relacionados con las economías mineras y sus implantaciones en contextos rurales y campesinas, que han derivado en transformaciones de distinta escala y amplitud, en función de las condiciones locales, históricas y económicas en que se inscribe cada uno de los casos. Ello sin embargo no es óbice para que desde un análisis comparativo se puedan esbozar algunas conclusiones sobre los puntos coincidentes y divergentes de las culturas mineras.

Las empresas mineras que se instalan en territorios rurales, irrumpen con estrategias orientadas a lograr expandir la lógica interna de la explotación desde patrones de racionalidad económica, lo que les obliga, en numerosas ocasiones, a compatibilizar su negocio con los usos tradicionales de la población local. Pero las lógicas empresariales adoptan diversas formas según su contexto histórico y social, desde las prácticas paternalistas orientadas a garantizar la socialización ocupacional y la reproducción social de los obreros mineros –tanto en formas



mixtas agrícola-mineras (Aller) o industriales puras minero-siderúrgicas (Langreo)–, a la expoliación sin sutilezas del territorio y sus recursos (Cerdeja), pasando por la instrumentalización, desde el oportunismo, de las ayudas para la reconversión del sector del Plan de Minería (Alto Bierzo, Ibias).

Con relación a la contribución de la minería a la construcción de las identidades personales y colectivas en torno a la auto-imagen de «ser minero», dichos procesos dependen de las diversas categorizaciones de las posiciones de la población local en torno al trabajo en la mina – mineros de «interior-exterior», «trabajadores mixtos-con dedicación plena», «locales-inmigrados»–, que introducen matices identitarios que van desde el «ser minero» al «trabajar en la mina». Categorías que todavía se complican más al introducir la ambigua figura del «prejubilado», quien se vincula a un pasado minero al tiempo que contribuye a la ruptura con este mundo para sus hijos y su comunidad, figurando en el eje del fin de la minería y de las comunidades mineras.

La influencia de la mina en la vida de estas poblaciones alcanzaría a transformar la organización de los grupos domésticos, que han sufrido cambios, al tener que ajustarse y dar respuesta a las nuevas situaciones planteadas por el contexto minero-industrial. La división interna del trabajo y las propias relaciones de género, se vieron modificadas tanto desde las estrategias de las empresas para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo (adscripción de la mujer al ámbito doméstico), como por las diversas prácticas de los propios grupos domésticos al tomar decisiones en su nuevo contexto. Unas veces la minería y la agricultura aparecen como formas mixtas y complementarias, otras las industrias mineras hacen inviables las tareas campesinas de cierta relevancia. En ocasiones esta confrontación entre los dos sistemas económicos en juego crea conflictos y demandas, como sucedió en As Encrobas con la fijación del precio de la tierra o en el Alto Bierzo con la defensa de los montes comunales como patrimonio colectivo de la comunidad.

El papel del «poder local» en la conformación de las comunidades mineras adoptó diversas formas y posiciones, desde las de un enfrentamiento directo en defensa de los derechos de la comunidad campesina (ej.: el inicio de la explotación de Cerdeja), a la mediación en defensa de las empresas mineras, justificada en su capacidad de generar empleo y asegurar el «progreso» de la localidad (Ibias ó el Alto Bierzo). En todas las zonas de estudio, sin embargo, se mantiene como una constante, la dinámica existente entre el poder local y el poder empresarial: ambos se condicionan mutuamente y el incremento de uno va siempre acompañado de la disminución del otro.

Los Sindicatos Mineros, en el panorama de los procesos de formación y de crisis de las comunidades mineras, han jugado y representado muy distintos papeles y posiciones frente a la conformación de las relaciones sociales y de producción de estas comunidades, moviéndose entre el enfrentamiento directo y la negociación con las empresas, en defensa de los intereses obreros. Actuando a veces como destacados agentes de poder local, se sitúan en una posición intermedia, tanto en la mediación para la producción (mejoras en las condiciones

laborales) como para el cierre (prejubilaciones y ayudas a las comunidades). Este papel mediador les hace participar en complejas redes sociales y clientelares que determinan su delicada ubicación entre la cooperación y el conflicto con sus bases obreras.

Dichas conclusiones se podrían resumir en la idea de que los sucesivos cambios sociales y tecno-económicos observados en las comunidades mineras han conducido a una reestructuración de la organización social y doméstica de las comunidades mineras y a un mayor o menor abandono de las actividades agroganaderas. Los condicionantes externos e internos de un sector tan sensible como el de la minería, han desembocado en una crisis final, que prevé el cierre definitivo de las explotaciones. Los autores de este trabajo colectivo no han dudado en calificar a los protagonistas de estos procesos sociales como «los últimos mineros», valorando que, si bien es posible que la minería siga practicándose en nuestro país durante los siguientes años, a pequeña escala y de modo residual, es probable que no podamos volver a hablar de verdaderas «comunidades mineras». En este contexto, este trabajo de investigación conjunta, resulta de gran interés en la medida que es capaz de unir al valor académico de una investigación antropológica de gran rigor, un análisis de los indicadores sociales y económicos, que clarifican este fin de trayecto, y que sin duda puede tener una clara aplicación en los ámbitos de la planificación territorial y de las políticas alternativas que deben ser puestas en marcha para solucionar los graves problemas por los que atraviesan las comunidades mineras.

Rafael Tomás Cardoso  
Antropólogo social y Técnico del Programa  
de Ayudas en Zonas Mineras del Carbón  
INFOINVEST- Grupo SEPI

## Los antropólogos y la intervención social

CRUZ, Isabel de la (coord.) y M.<sup>a</sup> Isabel JOCILES, Andrés PIQUERAS, Ana M.<sup>a</sup> RIVAS, *Introducción a la antropología para la intervención social*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2002.

El libro colectivo que a continuación comentamos, coordinado por Isabel de la Cruz, es una magnífica introducción a la Antropología Social. Se trata de un texto dirigido específicamente a estudiantes de Trabajo Social, que han de adentrarse en el ámbito de la Antropología en los primeros años de su formación académica. Estamos ante una propuesta que procura responder a la cuestión de *cómo* y *en qué* puede contribuir la Antropología Social a mejorar los conocimientos teóricos y la práctica profesional de quienes, dentro de unos años, habrán de desarrollar procesos de intervención social. Debido al propio perfil de su profesión, las personas que hoy estudian Trabajo Social deberán en un futuro enfrentarse a realidades sociales sobre las que tendrán que actuar. Conocer esas realidades, *cómo* son y *por qué* son así y no de otro modo, reflexionar críticamente sobre la manera en que se investigan dichas realidades, se teorizan e interviene sobre ellas, es un elemento clave para el Trabajo Social. En este sentido, el libro que tenemos entre las manos desarrolla una estrategia expositiva que permite desvelar las interdependencias entre la Antropología Social y el Trabajo Social, con el objetivo puesto en la realización de un trabajo más coherente y significativo para los individuos y grupos implicados en toda acción social, tanto desde la perspectiva de la propia intervención como desde la perspectiva de sus consecuencias.

El título del libro no deja lugar a dudas sobre lo que acabamos de plantear: *Introducción a la antropología para la intervención social*. Los diferentes capítulos abordan cuestiones claves para conocer-transformar (o modificar) las realidades sobre las que se actúa hoy desde el Trabajo Social: «sólo es posible actuar, y actuar eficazmente, sobre aquello que se conoce», nos dirán las autoras y autores del libro, con diferentes voces y expresiones a lo largo de sus casi trescientas páginas. Los diferentes capítulos se centran en aportaciones claves de la Antropología para el cuerpo teórico-metodológico del Trabajo Social. Junto a dimensiones relevantes para la comprensión de la conducta humana en los diferentes grupos sociales, la relevancia de las identidades y variaciones culturales, la importancia de los análisis comparativos, las aportaciones de la perspectiva antropológica en la investigación social, los temas que se abordan en cada uno de los capítulos conectan con núcleos conflictivos, con problemas sociales actuales, especialmente significativos desde la perspectiva de la intervención social: la pobreza, las relacio-

nes familiares, el racismo, la xenofobia, el sexismo, las diferentes dimensiones de la desigualdad, entre muchos otros.

El libro se abre con un primer capítulo introductorio sobre el objeto de la Antropología, sus diferentes subdisciplinas y la vocación interdisciplinar que desde siempre ha estado presente en el campo antropológico. Se trata de una sencilla y clara exposición, desde los precursores a la actualidad, en la que se desvelan las implicaciones entre los orígenes de la Antropología y el proceso de colonización, así como factores importantes del desarrollo posterior que han permitido el viraje y ampliación de su objeto de estudio, pues el interés inicial de la perspectiva antropológica por conocer a «los otros» se dirige hoy hacia aquellas mismas sociedades complejas que posibilitaron su emergencia. No se ha querido entrar aquí en las distinciones teóricas entre los diferentes paradigmas en el interior de la Antropología. Pero tampoco se renuncia a ello. Al final del libro aparece un Anexo, suficientemente completo, que permite orientar al/a la estudiante entre las principales perspectivas teóricas en el campo de la Antropología Social y Cultural, mediante sintéticas exposiciones sobre las estrategias teóricas de cada una de ellas y sus principales representantes.

El segundo capítulo aborda los temas de la cultura y los procesos de enculturación. Empieza con una visión impresionista, mosaico poliédrico, de las variadas acepciones antropológicas del término *cultura*, para desde aquí exponer las principales dimensiones del proceso de enculturación, los riesgos del etnocentrismo y del relativismo cultural a ultranza. El capítulo se cierra aludiendo a los procesos de difusión cultural, aculturación y asimilación, como mecanismos clave de transformación cultural, sin perder de vista su vinculación dialógica con la reproducción cultural, principal consecuencia de la enculturación. El eje que organiza esta exposición temática facilita el tránsito al tercer capítulo: de la cultura a las identidades colectivas. Se trata de dos elementos fundamentales que permiten profundizar en el conocimiento de los nacionalismos, las relaciones multiculturales, la emergencia de discursos y acciones xenófobas, así como en el de los nuevos racismos emergentes. La *identidad* es hoy una categoría analítica indispensable, una categoría construida a través de mecanismos complejos y dinámicos. En este capítulo no sólo se exponen con claridad las dinámicas básicas que conforman las identidades colectivas y sus principales núcleos conflictivos, sino que además se conectan con uno de los procesos básicos de nuestra realidad contemporánea: la mundialización.

El cuarto se centra en la investigación antropológica y se articula en torno a dos ideas clave. La primera fija la atención en cómo el uso de las técnicas de producción de datos (la observación participante, la entrevista en profundidad, el análisis de redes), está vinculada a una *mirada antropológica* (en tanto que camino teórico-epistemológico) y a una estrategia de investigación específica (la etnografía). La segunda, se refiere a los límites de la falsa separación entre el momento de la investigación y el de la planificación, ejecución o evaluación de las acciones sociales. Es una exposición sencilla y brillante, muy conectada con investigaciones concretas, donde la búsqueda del sentido de los datos, de los marcos de significación en que se producen,

se convierten en preocupaciones fundamentales a la hora de caracterizar a la etnografía o de describir las potencialidades de las técnicas de investigación más utilizadas en antropología y que forman parte, desde hace ya tiempo, de la tecnología investigadora que requiere la comprensión de nuestras propias sociedades complejas e interdependientes.

El capítulo quinto aborda un campo clásico en los estudios de Antropología: *los sistemas de parentesco*. Es probablemente uno de los temas más áridos de la Antropología cuando alguien se enfrenta por primera vez a esta disciplina, pues la terminología sobre el parentesco, su variedad conceptual, la diversidad de referencias etnográficas subyacentes, pueden parecer al principio un cúmulo de extraños nombres, de exóticas maneras de entender los vínculos de afinidad y filiación. Pero, en este caso, tal como se redactan y explican los elementos básicos de los sistemas de parentesco, las dificultades se han reducido mucho. Al explicar la filiación y sus reglas, el sistema matrimonial y el de residencia, se ha hecho más hincapié en la comprensión de la realidad social a la que apuntan, en su pertinencia para explicar la realidad más próxima de las y los estudiantes, que a la exhaustividad terminológica, sin que ello signifique una reducción del rigor conceptual.

El sexto nos introduce en los análisis de *género* desde la perspectiva antropológica. Es todo un acierto plantearlo como un tema, una cuestión, relevante por sí misma y con entidad propia. Las ciencias sociales en general, y la Antropología en particular, acostumbran a pensar el género sólo como algo significativo para el análisis de los grupos familiares y domésticos. Pero el género es una de las dimensiones básicas en todos los sistemas de estratificación social y atraviesa, mediante múltiples interdependencias, todos los campos de lo social. En estas páginas se desvelan los mecanismos del androcentrismo y del sexismo que permean los discursos científicos y la realidad social, y se hace hincapié en el género como una construcción socio-cultural que define los contenidos de la feminidad y la masculinidad en un momento y en un lugar determinado. Al final, se abordan las desigualdades de género en el mundo a través de una panorámica general de los campos económico, educativo y de la salud, y las diferentes políticas dirigidas a las mujeres en los programas de cooperación al desarrollo, permitiendo una clara visión de las distintas estrategias que se siguen tendentes a posibilitar una transformación de las desiguales relaciones entre los géneros.

El capítulo séptimo se centra en el análisis de las relaciones económicas. La *economía* es otro de los grandes temas clásicos de la Antropología. Ocupa en ella un lugar central, pues los mecanismos y las relaciones de producción, apropiación, intercambio y distribución de bienes y recursos, explican el modo de orientar la supervivencia y reproducción en los diferentes grupos sociales y sociedades. En este capítulo, siguiendo los fundamentos analíticos del marxismo, se explican las aportaciones más genuinas de la antropología económica, haciendo un recorrido desde los procesos de *redistribución* e intercambio en el denominado *modo de subsistencia comunitario*, hasta los característicos del *mercado* en el modo de *producción capitalista*. Al abordar esta última cuestión, y dado que la cooperación internacional al desarrollo es hoy básica en muchos frentes de la intervención social, la exposición se amplía hacia los procesos de

globalización económica, atendiendo a las nuevas desigualdades que el nuevo orden internacional, la mundialización, impulsa a escala planetaria.

Por último, el octavo capítulo, ofrece un recorrido teórico y conceptual a través del desarrollo de la *Antropología Política*. Una de las aportaciones más importantes de la Antropología al estudio de la política ha sido el de la ampliación de lo considerado *político* por parte de otras disciplinas sociales que tenían como horizonte analítico las sociedades configuradas a partir de la emergencia de los Estado-nación. La Antropología tuvo que ir más allá al pretender analizar la realidad política de sociedades distintas a la occidental, y acudió a la comprensión de los vínculos de parentesco o a las acusaciones de brujería, como un importante mecanismo de control social, al tiempo que ampliaba el debate de los elementos definidores de toda organización política y de las distintas tipologías de los sistemas políticos. Todos estos desarrollos se explican aquí de una forma clara y coherente, siguiendo el hilo argumental de las principales perspectivas teóricas en Antropología, y señalando la pertinencia de los análisis antropológicos para analizar lo político también en sociedades industrializadas y complejas.

Como vemos, en este manual de Introducción a la Antropología no están todos los temas posibles. Incluso en algunos capítulos se echa de menos alguno de los conceptos más tradicionales de esta disciplina. Lejos de lo que podría parecer a simple vista, creo que es un acierto pedagógico, pues el hilo conductor que nos lleva de un tema a otro, el modo en que se hace hincapié en ciertos aspectos, es coherente con la finalidad última de este texto: las prioridades formativas de estudiantes de Trabajo Social. De ahí también que cada capítulo contenga un glosario de conceptos básicos, una bibliografía de referencia y cuadros sintéticos que ayudan en la comprensión de los distintos aspectos que se abordan. Se trata pues de una herramienta útil para futuras y futuros profesionales del Trabajo Social, se trata de un texto repleto de sugerencias para pensar la realidad y actuar de un modo diferente.

Fátima Perelló Tomás  
Departament de Sociologia i Antropologia Social  
Universitat de València